

Meditación en las palabras de Gurumayi

Mahashivaratri

por Eesha Sardesai

“Pidan y se les dará”

Después de que Gurumayi contó la historia de la niña de siete años que quería “hacer reservación para *darshan*”, dio otra enseñanza sobre lo que ilustra esta historia.

Gurumayi dijo: “Pidan y se les dará. Todos conocemos esto. Está en todas las tradiciones. Está en la tradición hindú, en la tradición cristiana, en la tradición judía, en la tradición musulmana. En toda tradición, en toda religión, la Verdad es la misma”.

Cuando Gurumayi dijo esto, fue como si una luz se encendiera en mi mente; esta antigua sabiduría se volvió nueva otra vez. Yo estaba familiarizada en general con el pasaje bíblico del que proviene esta frase, “Pidan y se les dará”.

Definitivamente me había topado con este tema en las historias de las escrituras sobre el Señor Shiva que había leído. Y sabía, de mis estudios y conversaciones con los demás, que un sentimiento similar se refleja en los textos del islam y el judaísmo. Pero hasta que Gurumayi habló sobre esto en el *sátsang*, no me detuve a apreciar el significado de *este* principio, *este* tema, que ocurre en *todas* las tradiciones religiosas y espirituales más importantes del mundo.

¿Qué podemos sacar en claro del hecho de que, sin importar qué tradición escojamos seguir, nuestro esfuerzo se considere vital? Las Biblias hebrea y cristiana, el Corán e incontables escrituras de la India, todos exaltan la benevolencia de Dios. Pero *también* aclaran que el buscador debe dar el primer paso hacia Dios. Debe articular lo que desea.

En el sendero de Siddha Yoga, Gurumayi ha enseñado extensamente sobre el poder de la plegaria: este acto profundamente sagrado de hablar con Dios, de

suplicar a Dios, de estar en diálogo y comunión con Dios. La plegaria es una práctica en sí misma, una práctica que fusiona la inteligencia de la mente con el conocimiento innato del corazón. Es mucho lo que puede implicar hacer una plegaria. Requiere más que solo postrarse ante Dios y esperar que Dios se haga cargo del resto. Tampoco se trata de decir lo que pensamos que es “correcto”, lo que suena agradable o lo que asumimos que Dios quiere oír.

La verdadera plegaria es una fusión de nuestra alma con el alma suprema, el alma que está pulsando en torno nuestro. Y para hacer esto primero debemos *escuchar*: los pasos de los niños, por ejemplo, o el silbido del viento contra nuestra ventana; el constante golpeteo de los dedos en el teclado de la computadora y el gorgoteo de una sopa sobre la estufa caliente. El pulso que estamos buscando está engastado en *todo* sonido: en los sonidos que podríamos considerar mundanos y en aquellos que consideramos como las vibraciones mismas de la divinidad.

Aun así, queremos tomar en cuenta las preferencias personales. Nuestros cuerpos son únicos. Nuestros sistemas nerviosos tienen sensibilidades diferentes. Algunos sonidos serán relajantes para nosotros, y otros nos crisparán los nervios. He descubierto que es útil —incluso crucial— aprender qué sonidos prefiero y limitar mi exposición a los ruidos que sé que me van a molestar. Si no sabemos lo que les gusta o no les gusta a nuestros cuerpos, ¿cómo podemos usar estos cuerpos para experimentar a Dios? En cambio, si nos ocupamos de este proceso con nosotros mismos, si aprendemos qué preferimos y qué es bueno para nosotros, entonces nos permitimos esta posibilidad asombrosa de tocar lo Divino.

Finalmente, hay un solo sonido que ha emergido del silencio de este mundo y este es el sonido que reverbera en el viento y las olas, y en el latido de nuestros corazones. *AUM*, el sonido primordial. Cuando estamos atentos a este sonido, cuando usamos nuestras palabras para darle voz, las plegarias que hacemos están imbuidas de su energía. Llevan el poder de *AUM*.

Reconozco que quizá no *siempre* vengamos de este lugar cuando estamos orando. A veces oramos por desesperación, o temor, o incluso culpa. A veces oramos porque de verdad queremos algo. No necesitamos desanimarnos por esto. Ciertamente, no necesitamos agravar con *más* culpa cualquier inquietud que nos haya llevado a orar en primer lugar. Como escribí antes, nuestras plegarias serán respondidas. Hay una razón por la cual al Señor Shiva se le llama Várada, el dador de dones; por la cual se le conoce como Shambhu, el que otorga felicidad, y como Karunanidhi, tesoro de compasión.

Lo que entiendo, sin embargo, de las enseñanzas de Gurumayi es que la plegaria puede también ser mucho *más*. Puede ser más que el simple cumplimiento de un deseo. Puede ser un portal a la experiencia de Dios; y las palabras que surgen entonces de esa experiencia están de acuerdo con la voluntad de Dios. Mi mente va al Mensaje de Gurumayi para 2026, y específicamente a la segunda línea: “¡Observa! Cumple tu dharma”. Encuentro muy fascinante que la observación sea precursora del cumplimiento de nuestro dharma; que, para afirmar cuál es nuestro dharma y luego cumplirlo, primero sea necesario cierto grado de conciencia (de nosotros mismos, de los demás, de nuestro mundo).

Recientemente, estaba intercambiando relatos sobre la plegaria con una amiga mía en Shree Muktananda Ashram. Descubrimos que habíamos tenido experiencias similares al llegar ante Bhagavan Nityananda para orar en su Templo. De antemano, pensamos *mucho* sobre qué es lo que queremos pedir. Encontramos las palabras *perfectas* para expresar nuestros deseos. Podemos incluso memorizar las palabras que queremos decir, para que al llegar el momento, las recordemos con facilidad. Pero luego, cuando llegamos a la presencia de Bade Baba —cuando miramos su forma dorada, dejando que su mirada benevolente caiga sobre nosotros— las palabras que habíamos ensayado con tanto cuidado simplemente no salen. En su lugar, surgen *otras* palabras, palabras que nos toman por sorpresa, pero que quizá transmiten con mayor precisión lo que realmente estamos anhelando.

Esto me ha pasado tantas veces que no puedo evitar reírme de ello. Al mismo tiempo me hace querer refinar mi acercamiento a la plegaria. Me hace querer

conocerme mejor y ser honesta conmigo misma. Creo que en tal honestidad, en la verdad que subyace al capricho de la emoción y la rigidez ocasional de nuestro pensamiento, ganamos acceso a esa Verdad más grande de la que habla Gurumayi.

Y cuando nuestras plegarias surgen de ese espacio de Verdad, no tienen más opción *sino* manifestarse. “Pidan y se les dará”, como dice el precepto. Simplemente estamos comunicando lo que tiene que ser. Estamos materializando la posibilidad que ha existido todo este tiempo, informe en el éter hasta ahora. No sólo eso, lo que estamos trayendo al mundo tiene un poder de permanencia y un beneficio cuyos alcances van más allá de nosotros mismos. Sí, cualquier deseo puede cumplirse a través de la plegaria. Pero, ¿por cuánto tiempo vamos a disfrutar la satisfacción de cumplir ese deseo, antes de que el siguiente, y el siguiente y el siguiente deseo tome su lugar?

Ha sido mi experiencia que una plegaria hecha desde el corazón rinde un fruto interminable. Pervive. Se vuelve una especie de talismán, magnificando lo propicio para la persona que ora y para todos aquellos cuyas vidas son tocadas directa e indirectamente por su plegaria. Recuerdo esta cita icónica del gran santo Sai Baba de Shirdi, que he oído a Gurumayi repetir muchas veces: “Le doy a la gente lo que quiere con la esperanza de que un día quiera lo que yo tengo que dar”.¹

Así que ahora, deseo preguntarte: ¿Eres alguien que encuentra útil orar y ofrecer sus plegarias? Si es así, ¿podrías por favor compartir cómo has experimentado el poder de la plegaria en tu vida?



© 2026 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

¹ Mi Señor ama un corazón puro. El yoga de las virtudes divinas por Swami Chidvilasananda (Siddha Yoga Dham de México, 1995) pag. 76.